

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE MÉXICO, CARLOS SALINAS DE GORTARI, ANTE EL CONGRESO DE VENEZUELA

Señores senadores y diputados del Soberano Congreso de la República de Venezuela:

Mucho me enorgullece y honra dirigirme a los representantes del pueblo venezolano, aquí en la casa de los ciudadanos, la casa de la democracia.

Llego ante ustedes con un mensaje de amistad y un propósito de cooperación del pueblo de México, seguro de los vínculos que nos unen desde temprano a lo largo de nuestras historias y convencido del gran potencial conjunto que aguarda nuestra voluntad de construir un mejor futuro para nuestros pueblos.

Los mexicanos reconocemos, en la historia de esta gran nación, un afán permanente por la libertad, por el gobierno de la ley, por alcanzar con equidad una base de progreso material para el mayor número de sus habitantes.

Simón Bolívar, Andrés Bello y más recientemente Rómulo Gallegos, son para nosotros personajes propios, forman parte de una experiencia que hemos hecho nuestra, porque nos han enriquecido a distancia los primeros, sembrando afectos y recuerdos imborrables el último; símbolos todos ellos de la postura de los venezolanos ante los valores de la convivencia civilizada.

Nuestro reconocimiento refleja también el respeto que compartimos por las luchas pasadas. Sabemos que en nuestro andar histórico, en la experiencia de la libertad y también en su virtual fragilidad, está la fuerza que anima nuestra propia capacidad de transformación, nuestra indestructible voluntad de persistir independientes y soberanos.

Hoy el mundo impone nuevos desafíos al empeño, al desarrollo en la libertad de nuestros pueblos. Está en marcha una gran transformación mundial que anticipa ya una era de distensión, de negociaciones multipolares; de una nueva conformación regional que prefiguran en el estado del mundo para el siglo XXI.

La guerra fría ha terminado. La tendencia actual parece ser hacia la conformación de grupos de países que obedece, tanto o más, a razones económicas y geográficas, como a alianzas estratégicas y militares. Sus miembros están entrelazados por modernos sistemas de comunicación, dan fluidez y flexibilidad que sostienen una concertación eficaz de acciones entre las partes.

La Comunidad Europea del 92, el acuerdo entre Estados Unidos y Canadá, la asociación de las naciones del sureste de Asia y la Cuenca del Pacífico, son ejemplos de esta nueva modalidad en los esquemas de cooperación internacional.

Emergen ya nuevos polos mundiales de innovación tecnológica y de poder financiero y comercial que no necesariamente coinciden con los centros de poder militar. Las naciones industrializadas enfrentan desequilibrios fiscales y financieros que anticipan ajustes de grandes consecuencias para naciones como la nuestra.

El espectro de la recesión y el proteccionismo en ellos cobra realidad en la vida internacional. Adicionalmente, la revolución científica a la que asistimos acorta espacios y nos hace vivir una sola historia universal. La interrelación entre pueblos y países es, por ello, un hecho de la vida cotidiana que hace imposible aislar las experiencias propias de las ajenas. Es una revolución que está modificando el ritmo de la vida y recrudesciendo la competencia internacional. La lucha por los mercados presiona los sistemas y la organización de la producción y de los servicios y las economías nacionales.

Es un mundo más complejo, donde el cambio no es ya una opción, sino un hecho inevitable para las naciones. La pregunta que nos impone esta gran transformación es la de definir su alcance, su dirección, su convicción en favor de los intereses de nuestros pueblos.

No actuar en ese sentido es arriesgar ser arrollados por el cambio, sufrir su imposición y ver prevalecer otros intereses distintos a los nacionales. Por eso, muchas naciones con ideologías encontradas y dispares instituciones se encuentran empeñadas en modificar sus estructuras económicas y adecuar sus sistemas políticos para hacer frente, con eficiencia, a la gran transformación mundial.

México está comprometido con un proceso de cambio que modernice nuestro aparato productivo y nuestro quehacer político para fortalecer nuestra viabilidad soberana y atender los intereses populares.

Estamos conduciendo el cambio en un clima de concordia y concertación, de respeto a la diversidad social y a la pluralidad ideológica. Queremos conquistar un nivel de crecimiento duradero sin inflación, que dé sustento a una elevación de los niveles de vida, especialmente de los que menos tienen entre nosotros, a través de una cultura política renovada, más democrática, más responsable y más libre.

Estas son las metas que nos hemos propuesto. La estrategia es la modernización nutrida en nuestro nacionalismo y destinada al beneficio de la mayoría.

Como otros países de América Latina, México ha atravesado, en la década de los ochenta, por una de sus más agudas crisis. Los esfuerzos desplegados

para vencer la adversidad y perfilar un mejor futuro, han sido al tamaño de las dificultades.

El acuerdo entre los sectores de nuestra sociedad y el Estado y un programa de estricto cumplimiento han rendido frutos, abatiendo la inflación a bajos niveles no vistos desde hace una década. La economía se estabiliza sobre todo gracias a la concertación entre los sectores por la vía del diálogo, del respeto a las diferencias, pero sobre todo de una política económica consistente aplicada con firmeza.

Desincorporamos empresas públicas que no son ni estratégicas ni prioritarias para que el Estado atienda con eficacia sus responsabilidades constitucionales; profundizamos los cambios estructurales en nuestra economía para hacerla abierta, competitiva y eficiente. Sólo una economía en crecimiento, con estabilidad de precios, puede sustentar de manera duradera una elevación justa de la calidad de vida de nuestras familias.

Estamos a la vez empeñados en una ampliación y perfeccionamiento de nuestra vida democrática y orientamos los esfuerzos de la sociedad y el Estado para atender los más urgentes reclamos de quienes menos tienen en nuestra sociedad. La ambición de miras tiene sustento en la unidad de esfuerzos.

Nuestros objetivos reclaman una política exterior activa, fiel a su tradición, apegada a los principios históricos de nuestro comportamiento internacional, decidida a ser eficaz y anticipatoria en las condiciones internacionales que nos ha tocado vivir.

La diplomacia mexicana es una política de principios, representa la continuidad histórica del interés nacional y, por eso, rechaza el pragmatismo desnudo de normas, que podría ser tentación ante presiones de circunstancias.

Es mucho lo que perderíamos al alejarnos de nuestros principios frente al beneficio transitorio de dar tal paso; pero nuestra política es fiel a las normas, prácticas, y eficaz en promover el interés nacional.

Nuestra política exterior reconoce prioridades y vínculos profundos con miembros de la comunidad de naciones, en ella, América Latina tiene un lugar preponderante; es una base natural y familiar de idiomas, intereses, rasgos culturales y valores que nos unen; es un espacio con el más amplio potencial para proyectar nuestras convicciones más hondas y favorecer nuestras metas nacionales.

Con América Latina compartimos origen y somos parte de su destino. Compartir la defensa de nuestros intereses comunes y ampliar las perspectivas de cooperación económica, son un imperativo del cambio que deseamos dominar y conducir.

En la ignorancia, aislados unos de los otros, muy poco podemos avanzar; mucho vamos a desperdiciar. El último decenio ha significado para la mayo-

ría de nuestras naciones un agudo estancamiento y un intolerable retraso en el cumplimiento de las obligaciones con nuestros pueblos. Una década perdida para el desarrollo económico de la región, pero una década que ha comprobado la reciedumbre y la vitalidad de nuestros pueblos.

Marcado por los términos negativos de intercambio, la caída de los precios de nuestras materias primas y por la transferencia neta de recursos al exterior, principalmente por la vía del servicio de la deuda externa, hemos visto caer los índices del salario y de la calidad de vida a niveles intolerables. Cada punto en la escala, lo sabemos bien, significa una tragedia familiar, un rezago acumulado, una distancia más acentuada entre lo que buscamos y lo que tenemos. Queda muy claro: crecer con soberanía es la prioridad a la que toda otra obligación externa se subordina.

Para ello, es necesario que los países de la región emprendan una estrategia de crecimiento sostenido con cambio estructural y estabilidad financiera. Esta es la salida más viable a la crisis que padece la región.

A nuestros gobiernos les compete hacer el máximo esfuerzo en el orden interno para alcanzar este propósito que es esencial, pero también les corresponde promover nuevas formas y fórmulas de integración económica. Debe reconocerse, además, que el orden financiero y comercial impuesto a nuestros países no puede seguir siendo un freno que resulte permanente al desarrollo. América Latina no puede continuar la transferencia neta de recursos hacia el exterior, que ha sido la causa inmediata del estancamiento de sus economías. Es una consecuencia de nuestra situación y no una opción de política económica, encontrar una resolución pronta, eficaz y de fondo al problema de la deuda externa.

México ha avanzado hasta el reconocimiento, por parte de gobiernos y organismos internacionales, de su propio programa económico y de los mecanismos idóneos para abatir la transferencia de recursos al exterior. Para culminar las negociaciones en marcha el camino aún reclama un último y decisivo esfuerzo. Necesitamos que todos, y destacadamente los bancos comerciales internacionales, asuman su parte de responsabilidad, confiemos en lograrlo; pero, además, tenemos a nuestro alcance a nivel regional, un camino complementario a los esfuerzos nacionales por reiniciar el crecimiento de nuestras economías y reintegrar a nuestras sociedades términos de mayor justicia: la concertación política para la defensa de nuestras convicciones de paz y respeto internacionales y la cooperación económica para la apertura de ámbitos de mutuo beneficio productivo.

Nos ha correspondido ser activos participantes y testigos privilegiados de una nueva era en la demo-

cracia de nuestra América. Hemos reencontrado el cambio que hace posible la unidad, dos reuniones cumbre convocadas por iniciativa propia para tratar temas prioritarios de la región así lo comprueban. En Acapulco fue mi país el escenario en el que ocho naciones latinoamericanas se comprometieron a examinar los grandes desafíos políticos y económicos que enfrentamos y a procurar sobre las bases de las afinidades fundamentales que nos unen, respuestas que atiendan a las aspiraciones y legítimos requerimientos de progreso y bienestar. Este compromiso fue reiterado en Punta del Este, Uruguay, en donde se constató el significativo avance en la madurez y el proceso de concertación regional. Estos encuentros son pasos seguros, realistas y prometedores hacia la integración, meta final de nuestras aspiraciones regionales.

La próxima cita es en Perú, en octubre del presente año. Allí continuaremos con renovado entusiasmo ese proceso que contribuye activamente a la paz, la seguridad y el desarrollo de nuestros pueblos.

En el seno de la OEA la acción conjunta de nuestros países debe enfocarse a la búsqueda del indispensable equilibrio en las asimétricas relaciones hemisféricas. Sólo mediante una acción concertada se puede defender nuestra estrategia que, hoy por hoy, contempla la defensa de la integridad territorial e implica también asegurar de manera efectiva y permanente la existencia política del Estado nacional frente a la competencia de los demás Estados, y garantizar la vigencia del derecho de gentes, base de la justicia y de la seguridad entre nuestros pueblos.

La solidaridad latinoamericana debe estar fundamentada en el respeto a la pluralidad política y en el estricto apego a los principios fundadores de los organismos internacionales, principios de la autodeterminación y la no intervención en los asuntos internos de los pueblos.

Tenemos la perspectiva de avanzar sobre bases realistas, firmes, de largo plazo, en proyectos conjuntos, de colaboración entre gobiernos y sociedades, en campos tan amplios como el turismo, la pesca, el transporte, la infraestructura, los servicios y la industria.

La integración regional, gradual y firme, a través de proyectos específicos, es un camino para ahorrar y generar las divisas que necesita el desarrollo de América Latina. Existen grandes oportunidades hoy, que han sido insuficientemente utilizadas. Es preciso dar mayor impulso a los instrumentos de integración regional, especializada y complementaria, que alivie desajustes transitorios y aseguren, en el largo plazo, el beneficio mutuo y la mayor fortaleza de los países de la región.

La acción diplomática de México y Venezuela, frente a los difíciles retos de la región centroameri-

cana, ha contribuido a un clima propicio para la concertación y la paz. A los esfuerzos del pasado dio acceso Esquipulas II, como el procedimiento trascendente para que los países directamente involucrados tomen la responsabilidad del proceso de pacificación y del desarrollo de la región, de acuerdo a los principios que rigen las relaciones entre los Estados. Este esfuerzo nos obliga al continuado apoyo en lo político y en lo económico por parte de la comunidad internacional y de nuestros países en particular.

Contamos con el compromiso reafirmado a lo largo de nuestras relaciones, de luchar por un contexto internacional de paz y cooperación, capaz de concentrar toda lucha en el combate firme a la pobreza, la ignorancia y la desnutrición.

A nuestros esfuerzos de cooperación política y económica, debe corresponder el intercambio en las artes y las ciencias en mayor escala, con ritmos que superen otros ámbitos que caminan con tiempos de maduración diferentes.

Los medios de difusión, las instituciones de enseñanza superior, las organizaciones de profesionales, los intelectuales, los hombres de empresa, la sociedad en general, son los protagonistas principales de un proceso auténtico de relación fraternal.

Contamos con una enorme fuente cultural en nuestros pueblos para enriquecer y fecundar nuestra imaginación creativa. Tenemos aquí una tarea que no sólo incumbe a los gobiernos, sino también a las comunidades, es acción y decisión que proyectará la amistad entre nuestros países a una nueva y rica realidad.

Señores senadores y diputados:

México y Venezuela han probado su lucha por las causas latinoamericanas y por las soluciones diseñadas por los latinoamericanos. Desde el reconocimiento de la independencia de México por Bolívar, hasta el apoyo venezolano al ingreso de mi país a la Alalc, la creación conjunta del Sela, los acuerdos de San José y Contadora, y de concertación en la reunión de Acapulco, recogemos una importante tradición que nos permite reconocernos uno en el otro en comunidad. Es esa tradición la que nos permite avanzar en las negociaciones, junto con la República de Colombia, hacia la precisión de proyectos de complementación y de cooperación sectorial; gradual pero realista y productiva.

El acuerdo de voluntades ha aprendido de su pasado para preferir, por encima de las propuestas espectaculares pero efímeras, la madurez del esfuerzo sistemático de largo alcance, firmemente arraigado en lo que es posible y deseable, alimentado por la convergencia de metas y por valores compartidos.

Tenemos buenas razones para confiar en un futuro promisorio, la comunidad que formamos al filo del siglo XXI está inspirada por la conciencia de vivir tiempos nuevos, de una forzosa universalidad en las acciones; por la convicción madura en un trabajo perseverante, de altas miras, pero con los pies en la tierra; por la seguridad que nos promete la unidad en las metas comunes.

México y Venezuela han hecho contribuciones importantes para la obra de América Latina.

En nombre de mi pueblo, reitero a este soberano congreso de la República de Venezuela el mensaje de México de trabajar en favor de una nueva era de nuestra vida en común, de un nuevo horizonte de

solidaridad entre nuestras naciones y nuestros gobiernos.

Nos alienta enormemente ser parte de la construcción de este momento de nuestra América Latina, y atender con la mirada orientada al futuro, desde la actualidad al derecho de cada familia venezolana y mexicana, a una vida de calidad y al deseo de unir sus vidas en un promisorio destino en común. Lo lograremos, sin duda, manteniendo firmemente la soberanía de nuestras naciones.

Muchas gracias.

Caracas, Venezuela, 10 de Julio de 1989.